

## Rafael Díaz Ycaza: un Prometeo de las letras\*

**JORGE DÁVILA VÁZQUEZ**

Universidad de Cuenca, Ecuador

### RESUMEN

El artículo pasa revista a la carrera literaria de uno de los más grandes escritores guayaquileños del período posterior a la Generación del Treinta: Rafael Díaz Ycaza.

Extraordinario cuentista, el autor se inicia con una deuda realista muy cercana a sus predecesores, pero, poco a poco, se va dando una transición hacia lo poético y lo fantástico, sin desprenderse nunca del realismo, en sus penetrantes análisis de problemáticas cercanas a su entorno: la aventura marítima, el enfrentamiento con la muerte, la obsesión del suicidio – perceptibles en algunos de sus mejores títulos, entre ellos “Rosamel” y “Las equivocaciones”. Poeta de notables calidades, está en más de una ocasión a la misma altura de sus grandes contemporáneos: David Ledesma Vásquez, Ileana Espinel Cedeño y Fernando Cazón Vera, los nombres sobresalientes de la lírica de su ciudad (Guayaquil). Los temas son cercanos a los de su narrativa, pero predomina su canto a la ciudad, que se da en diferentes momentos creativos.

**PALABRAS CLAVE:** Rafael Díaz Ycaza, cuento ecuatoriano, transición, fantástico, realismo, poetas ecuatorianos, narradores ecuatorianos, literatura ecuatoriana.

### SUMMARY

The article reviews the literary career of one of the greatest Guayaquileño writers of the post Thirty Generation period: Rafael Díaz Ycaza. An extraordinary storyteller, the author begins with a realist debt very close to that of his predecessors but, little by little, he transitions to

---

\* *Kipus*, en memoria del escritor guayaquileño Rafael Díaz Ycaza, fallecido en septiembre de 2013, publica este texto del crítico y narrador cuencano Jorge Dávila Vázquez. (N. del E.)

the poetic and fantastic, never detaching himself from realism, in his penetrating analysis of subjects closely related to his environment: maritime adventure, the confrontation with death, an obsession with suicide –perceptible in some of his best works, including “Rosamel” and “Las equivocaciones” (The mistakes). A poet of remarkable qualities, he is, on more than one occasion, at the same height as his great contemporaries: David Ledesma Vásquez, Ileana Espinel Cedeño and Fernando Cazón Vera, the outstanding names of the poetry of their city (Guayaquil). The subjects are close to those of his fiction, but his song of the city predominates, which occurs in different creative moments.

KEY WORDS: Rafael Díaz Ycaza, Ecuadorian story, transition, fantastic realism, Ecuadorian poets, Ecuadorian fiction writers, Ecuadorian literature.

*A Bertha Díaz, fraternamente.*

RAFAEL DÍAZ ICAZA (Guayaquil 1925-2013) fue una figura insigne y singular de las letras ecuatorianas. Su elección para el Premio “Eugenio Espejo” de hace tres años, consagró a un autor trascendental, tanto en el plano de la narrativa como en el de la lírica.

Díaz escribió cuentos verdaderamente extraordinarios; quizás no tanto, los que conforman los volúmenes *Las fieras* y *Los ángeles errantes*, marcados por un realismo deudor de generaciones anteriores, cuanto los que integran libros posteriores, que van marcando su paso hacia un lirismo intenso e incluso hacia expresiones de marcada fantasía, por ejemplo, *Tierna y violentamente*, *Porlamar* y *Prometeo el joven y otras morisquetas*, con el que obtuvo, en 1985, el Premio Nacional “Aurelio Espinosa Pólit”, que sigue siendo el más prestigioso del país en el campo de la literatura. Este tomo de cuentos –cuyo solo defecto está en su título– es excepcional, y algunas de sus piezas son de lo mejor que ha dado el relato breve del Ecuador, particularmente su poético y conmovedor “Rosamel”.

Pero el escritor, no solo en sus cuentos magníficos, sino en sus dos novelas, *Los rostros del miedo* y *Los prisioneros de la noche*, así como en su única pieza de teatro conocida *Ella en el infierno*, sobre Marilyn Monroe –y que está estrechamente vinculada con uno de sus cuentos magistrales, “Marilyn en el infierno”, es, esencialmente, poeta. Su “Prometeo”, el mejor ejemplo, es un ejercicio sobre el fuego, como símbolo de la palabra, instrumento esencial de lo lírico. Y es también un himno a la constancia del escritor, quien después de las luchas y las desilusiones, vuelve a la carga, Sísifo infatigable y encadenado:

“Mas se trataba solo de un abandono temporal. Aunque pudiera durar muchos años, el hombre mantenía en su interior, cual secreta encomienda, la voluntad de volver a escribir”.

Y su terrible cuento “Las equivocaciones” no es más que una metáfora desmesurada, una alegoría del dolor de ser distinto, que siente el protagonista, por ansiar convertirse en lo que no es, en una anticipación del famoso “devenir animal” de Deleuze y Guattari:

Mire, don Liza: tengo dedos de tigre y patas de cotorra, estas uñas son de perico ligero y estas de gato montés [...].

Que a nadie sorprenda, entonces, que ese hombre extraño que aullaba por las noches y que rugía en las sábanas, que ese sujeto que lloraba a veces por esa horrible equivocación de sentirse hembra siendo macho, de sentirse burra siendo burro, se haya suicidado.

Y en el trasfondo de toda la narración, en los detalles, en la angustiada búsqueda, se perciben las huellas del drama cercano, el del poeta suicida, colgado de su propia corbata amarilla.

Rafael nos dio, en sus distintos poemarios –desde *Estatuas en el mar*, hasta *Bestia pura del alba*–, verdaderas joyas, composiciones insuperables.

Este último título fue publicado en 2007, por Editorial Archipiélago, con la calidad usual que supo darle a sus trabajos editoriales Nicole Adoum, nuestra querida amiga, de feliz memoria. Se trata de una antología poética, que reúne algunas de las mejores composiciones del escritor, con un breve y preciso prólogo de Adoum, que es como un homenaje fraterno, de poeta a poeta. La portada y las ilustraciones son obra del genio pictórico de uno de nuestros grandes artistas plásticos, Enrique Tábara.

El título del libro proviene de un poema 15 años anterior a “Ciudad Nocturna” (1979), apasionado y maduro canto a Guayaquil, su “doncellita pescadora... a la que nadie alcanza/ en la carrera sin fin hacia sus bodas/ con la desilusión”.

Se trata de *Guayaquil en la noche* (1964), que contiene en germen algunos de los temas claves de ese himno de amor a la desmesurada urbe natal. Y aquí el verso en cuestión: “Ciudad estremecida/ hija de la sonrisa, *bestia pura del alba*”.

Ambos poemas, tanto el temprano, como el de la plena madurez lírica, son exultaciones y diatribas a ese seno materno, del cual emerge no solo el hombre que ha de evocar al puerto, cantado desde siempre, sino también

la materia prima que nutrirá el poema: la amorosa pintura de una geografía personificada: “Corre, oh despareja a la que nadie alcanza”; las luchas sociales: “Ciudadano del hambre: ¿cuándo terminas de pelear?”; la peregrinación del noctámbulo: “Hombreciudad... Pescador del salado, ostionero...”; el recuerdo del ayer sencillo, pueblerino: “Tú eras la misma, Guayaquil, chiquilla vieja...//sales y entras en mi alma, y soy de nuevo el chico/ de las compras”; y la visión del hoy deshumanizado: “todo arrevesado, patasarribamente sollozante...”.

El humor es, asimismo, un ingrediente que aparece ya en el juvenil “Tango”, y que es agudo y acentuado en otros textos, como en el inolvidable “Edú y la muerte”. Veámoslo:

“Edú –dijo la muerte–, ya es la hora”./ Y él replicó, sonriendo: / “Zambita espera un poco./ ¿No ves que es muy temprano?/ Anda, más bien convídamela a un trago de aguardiente”.

Los dos beben, bailan, y terminan “bajo el toldo y en la colcha”, y luego, el seductor abandona a la muerte para irse “de parranda”.

En lo que respecta a la lírica, en esta visión apenas superficial y esquemática, bien podemos concluir que, sin duda, Díaz fue uno de los más representativos poetas guayaquileños de su generación, o su grupo humano, si la palabra molesta, junto a Ileana Espinel, David Ledesma, Fernando Cazón y unos pocos más.

Asimismo, su contribución a la literatura del Ecuador es muy importante en la cuentística –piénsese, por ejemplo, en “Réquiem”, “Rosamel”, o en cualquiera de los extraordinarios textos de *Prometeo el joven y otras morisquetas*, aunque suene insistente, verdaderas joyas de nuestras letras.

Un análisis detenido de la cuentística de Rafael Díaz tomaría mucho tiempo, por ello quiero terminar estas palabras con un breve comentario de algunas de sus piezas maestras, incluidas en *Porlamar*, que son de la década del setenta, y que marcan la genuina transición literaria de Díaz Icaza, desde la filiación realista cercana a la Generación del Treinta hacia una nueva narrativa de la cual es uno de sus precursores.

Casi todos los textos de este libro, desligados ya de un realismo chato y puro, se engarzan, prodigiosamente, con tendencias psicológicas, poéticas, oníricas, fantásticas.

Así, la mesa interminable y brumosa de “La Cena”, a la que se sientan todos los parientes, no es más que la visión mágico-lírica de un cortejo fúnebre. La cercanía de la pareja en “El túnel” ocurre, al parecer, en un largo viaje, pero es imagen de la vida y la muerte. La indagación sobre la hermana del narrador, su destino, en el formidable “Réquiem”, nos conduce a un desenlace magistral, como la mayoría de los de este libro: la permanente convidada del conjunto, la muerte, nos sorprende. Sorpresivo es también el final de “Marilyn en el infierno”, pues va más allá del dato sobre el fin de la diosa que todos conocemos. La pasión inunda “María Anunciación”, y, una vez más, el remate es conmovedor y extraño. La dolorosa experiencia con la mariguana en “Al este del edén”, título de clara deuda steimbeckeana, nos pone ante un estudio de drama humano de dolorosas características, emparentadas con la pesadilla. “Los serruchos mágicos” es un relato que muestra una de las características del gran productor de historias ficticias que era Díaz Icaza: su facilidad para elaborar una obra desde una perspectiva múltiple. Sueño y realidad se funden hábilmente en “Capitán, Capitán”, como en varios otros cuentos, del mismo modo que distintos tipos de narrador que van conformando la obra. Los personajes marginales atraen poderosamente al escritor en este libro, como lo volverán a hacer en “Prometeo”, quizás son menos elaborados en el caso que nos ocupa, pero ¡qué intensos!, como lo apreciamos en “Jolibud Bay”.

Desde su temprana juventud, el mar –como vivencia, como evocación, como motivo literario reiterado– es una de las grandes fascinaciones del escritor –recuérdese su columna de toda la vida en *El Universo*, “Botella al mar”, y el título del libro del que venimos hablando–; esto se ve, clara y distintamente en algunas piezas del volumen, como en “Capitán, Capitán”, “Jolibud Bay” o “Los retornos”.

En el cuento homónimo del título y final del libro, hallamos una frase que revela magníficamente esta obsesión por el mar, cuando dice, refiriéndose al grupo que bebía en el bar “Canal de Suez”, en el que se incluye el narrador protagonista: “a través de sus gritos, sus charlas entrecortadas y sus silencios, ingresaba yo en la melancolía del marino, en su violencia que es una proyección de su soledad”.

Esta última historia es una mezcla de aventura marina y meditación sobre el gran tema de la soledad, la dura vida del mar, las fantasías y miserias marineras, los desgarramientos de esos hombres a los que el autor parece conoció tan bien.

Cuando leemos a Rafael Díaz no nos cansamos jamás de su verbo, su ingenio, su dominio del oficio narrativo. Es hora de que su gran obra sea conocida y difundida en gran escala, y estos son buen espacio y momento para sugerirlo al Ministerio de Cultura y Patrimonio o a la Casa de la Cultura.

Tiempo es de recoger las dispersas piezas de un rompecabezas cargado de ternura, de poesía, de comprensión de todas las conductas humanas, sobre las que tiene siempre una palabra de comprensión o de hondo lirismo; es hora de juntarlas, estudiarlas, preparar una buena edición crítica, no necesariamente de la obra completa, sino quizá de lo más selecto de una producción, marcada en muchos momentos por la brillantez y el poderoso oficio de un gran escritor.

Así, pues, a quienes tengan la potestad de hacerlo, van estas líneas, como una fraterna exigencia, tomando la palabra en nombre de alguien que jamás hubiese pedido un favor para las obras salidas de sus manos de Prometeo, no ya el joven, si no el eterno. ★

Fecha de recepción: 14 octubre 2013  
Fecha de aceptación: 15 noviembre 2013